

Lautaro García

El mes artístico

Este mes de junio ha sido pródigo en manifestaciones artísticas, como si al abrirse la mano del Invierno dejando escapar los vientos y las lluvias, los artistas hubieran corrido al amparo de los teatros y las salas de exposiciones para mostrarnos la cosecha de emoción que habían recolectado durante sus andanzas bajo el buen sol del Verano.

Lo inició este tiempo de arte la figura mundial de Jacha Heifetz. ¡Qué difícilmente fácil resulta hablar de este violinista colocado desde hace años entre los nombres señeros de los concertistas de violín! Todo elogio de su vigoroso temperamento, de su técnica maravillosa y de su admirable musicalidad viene a ser como una redundancia. Nombrar a Jacha Heifetz es decir la perfección en cuanto a mecánica del instrumento e interpretación personal. Lo demás es hacer literatura sobre la calidad de sus programas que abarcan desde el Padre Bach hasta la ligera y enjundiosa modernidad de Herbett, pasando por Mozart y Beethoven, sin olvidar a Sarasate, tan vilipendiado por los clasicistas puros; y que Heifetz se ha encargado de rehabilitar con la ponderada ejecución de los virtuosismos de su Zapateado.

Si la pureza del sonido, mórbido y brillante a la vez, la justeza de la afinación que no se desliza una coma del tono, y la amplitud y expresividad del fraseo, le dan a su arte una fisonomía inconfundible, la soltura con que supera esos pasajes de agilidad digital que caracterizan la literatura del violín, hacen que

escuchándolo esas dificultades, que son la prueba del fuego de todos los concertistas, desaparezcan. De esta técnica asombrosa y del estilo impecable con que da vida rítmica y sonora a cada trozo se desprende esa impresión de cosa definitiva, imposible de llevar a un mayor grado de perfección, que produce el arte de Jacha Heifetz.

* * *

Un viejo conocido del público chileno, Mauricio Dumesnil, que hacía muchos años que no nos visitaba, llegó casi de improviso hasta nuestros escenarios. Como a tal se le recibió con la cordialidad que se merece su simpática personalidad artística. Maurice Dumesnil fué, puede decirse el precursor del movimiento en favor de la música moderna para piano entre nosotros. Cuando hace más de cuatro lustros incluyó en sus conciertos a Debussy, (para no nombrar sino a la figura máxima de su tiempo) fuera de un reducido grupo de músicos de avanzada, el autor de «La Siesta del Fauno» era un ilustre desconocido entre nosotros. Nuestro público en cuanto a expresiones nuevas no iba más allá de los matices de Chopín y se solazaba delirante con la Campanella de Ligt. El inquieto pianista francés que traía aún flamante su primer premio del Conservatorio, fué el portador del nuevo mensaje musical. Nuestra juventud de estudiantes se lo agradeció en toda su significación espiritual. Desde entonces su nombre quedó ligado al de los *pioneers* de la cruzada de renovación de los viejos programas.

El temperamento de Maurice Dumesnil, vibrante y sensitivo, la cálida delicadeza de su sonido, que es a nuestro juicio su cualidad pianística más sobresaliente, se prestaban admirablemente para compenetrarse con el impresionismo del maestro francés. Y de esa cualidad y de aquel fervor de su juventud nos ha dado ahora nuevas y elocuentes muestras en sus conciertos en los que ha ejecutado en forma llena de colorido y sugerencia,

destacando el fondo de precisa vaguedad, escapada hacia el ensueño, y las filigranas sonoras junto a lo inaudito de sus aparentes disonancias, que constituyen la médula del poder creador de Claude Debussy.

* * *

También ha vuelto otro huésped siempre grato a los públicos chilenos y que también tiene en su género un valor precursor. Nos referimos a Berta Singerman. Cuando la declamación se encontraba anquilosada por un lado por el amaneramiento retóricamente formal de los comediantes y por otro por el falso academismo de las escuelas de recitación, Berta Singerman llegó a los escenarios con un concepto personal y libre de prejuicios de entonación y dicción. También traía una sensibilidad nueva y una inquietud que la hacía empinarse por sobre los muros de la poesía oficial en busca de las nuevas expresiones que trataban de dar la tónica de la época. El único antecedente que le encontramos en nuestro tiempo es el de Bernardo Jambrina, aquel trashumante farolero de la emoción que encendió entre nosotros la luz de Rubén Darío, de Amado Nervo y José Asunción Silva. Y es sólo antecedente de orientación.

Ha vuelto Berta Singerman a renovar el milagro de la declamación como un género teatral, ha vuelto plural y única en sus expresiones y en su personalidad. Con ella ha llegado la estación de la poesía y las gentes abrumadas por sus pequeños dramas cotidianos y por la gran tragedia de Europa, han recordado que existe Poe y Walt Witmann, Heine y Verlaine, el Marqués de Santillana y Gustavo Adolfo Becquer, Klingsor y Paul Gerald, Gabriela Mistral y Jean Cocteau.

Berta Singerman en cada una de sus visitas trae un acento nuevo en su repertorio y un aspecto inédito en sus modalidades formales. Tiene la artista argentina la serenidad de su inquietud y el seguro instinto de la belleza para sacar de las sombrías zonas

de la incomprensión las voces luminosas de la poesía nueva. Esos poemas de autores jóvenes publicados en las revistas de vanguardia, los viejos romances anónimos que como un hilo cristalino traen su frescura desde las fuentes de la tradición castellana, y aquellos otros versos olvidados en los rincones de las antologías encuentran en los recitales de Berta Singerman la mano tendida que los muestra a los auditorios de hoy en toda su prístina ponderación. Así surge «Me compraré una risa» de León Felipe, «De Flandes partió la niña» la «Canción del Oficial de Marina» de Cros, «Tú y Yo» de Geraldty, «La Pesca en el Mar» de Gertrudis de Avellaneda, «Cuán frescas están las rosas» de Turguenef.

A este secreto don de subrayar lo nuevo y desentrañar lo viejo que guía su maravillosa intuición y depurado buen gusto, une Berta Singerman su constante afán de perfección expresiva. No se contenta nunca con el último hallazgo de entonación, siempre le está exigiendo más a su voz, a esa voz de amplio registro que se multiplica en innumerables y sorprendentes tonos y que se proyecta hacia el espectador en alas del canto interior de cada verso. No se satisface con decir las palabras del poema que está en sus labios sino que también trata de decir lo que aquel se calla, los silencios angustiosos, meditativos, imaginativos, jocundos o tristes de la poesía, donde precisamente reside su esencia.

Son sus facultades extraordinarias de actriz; sensibilidad, gesto y voz, las que dan a su arte relieves únicos de originalidad y las que hacen que tenga tantas imitadoras que recuerdan a Berta Singerman en su forma externa de recitar; pero que al mismo tiempo, cuando se la oye, convencen de que Berta Singerman no se parece a ninguna de ellas.

Como Rubén Darío que con su orgullo de chorotega exclamó: «Mi poesía es mía en mí» ella podría decir: «mi declamación es mía en mí».

* * *

Así mismo ha vuelto un artista nuestro; no ya de un peregrinaje por el mundo sino por los rincones provincianos y en último caso de un viaje alrededor de sí mismo. Se trata de Carlos Dorlhiac, el fino y ponderado dibujante que en cada exposición nos dice algo nuevo sin desmentir sus principios de fiel y escrupuloso observador de la realidad.

Ninguno menos impaciente y al mismo tiempo más solitario en el sentido estético y espiritual de esos vocablos, dentro de nuestro arte plástico, que Carlos Dorlhiac. No ha sufrido influencias directas, no se ha dejado llevar por ningún movimiento vanguardista ni ha formado parte de ningún grupo a lo largo de sus veinticinco años de labor. Sereno ante las críticas y los elogios ha tomado de unas y otros el justo término medio y como un benedictino miniador de viejos pergaminos ha llevado a cabo su obra sin impaciencias ni funambulismos, obra que por su sinceridad resulta hoy más moderna que la de muchísimos dibujantes de avanzada.

Cuando ya su nombre empieza a ser olvidado del público que visita exposiciones y también de amigos artistas que aprecian tanto al hombre como al dibujante, Carlos Dorlhiac se hace presente con una nueva exposición. Es siempre el mismo y siempre trae algo nuevo que decir. Muchos creen que el artista retraído y ecuaníme aun vive en el Chillán de sus primeros amores pictóricos y viene a Santiago cada vez que quiere exhibir sus obras. En realidad Dorlhiac hace años que reside en la capital; pero tal vez ahora se encuentra mucho más lejos de ella que cuando era un artista provinciano. Ajeno al llamado ciudadano y al rebullir de los círculos de arte, si sale de su taller de Providencia es para alejarse aun más de la ciudad. Excursiona por los alrededores tomando apuntes y sólo aparece en el centro junto con sus dibujos a la tinta como lo ha hecho ahora en la Sala del Banco

de Chile. Y así ha pasado la cincuentena «ni envidiado ni envidioso» fiel a sus principios estéticos y al sentido objetivo de su visión del natural.

En veinte años de evolución Dorlhiac se ha «apresurado lentamente» presentándonos en cada exhibición de sus obras un nuevo matiz, una nueva preocupación dentro de su fino realismo de observación. Esta vez, después de la aérea firmeza de sus líneas, de la solidez con que construye, le ha tocado el turno a la luz y la calidad. Sus dibujos de esta exposición, especialmente sus flores, dan una sorprendente sensación de luminosidad y de consistencia; en los motivos de costa y caserones antiguos ostenta ahora engañosas apariencias de agua-fuerte, por el dominio a que ha llegado del trazo de la pluma y de las aguadas tintosas.

Por la misma consecuencia íntima que existe entre su espíritu reflexivo y su obra nacida a lo largo de tranquilas búsquedas de motivos y de maneras para traducirlos, Dorlhiac ha conseguido otra significativa conquista: el sello de chilenidad que se desprende de la mayoría de sus dibujos. El suyo es un criollismo gráfico encontrado sin buscarlo por la sinceridad del artista para interpretar lo que adquiriría perdurable resonancia en su sensibilidad. Palpita no sólo en la gracia con que da vida y carácter a sus croquis de tipos poblanos y campesinos sino también en los títulos tan simples y exentos de literatura de sus dibujos: «La Ñatita», «Pasando l'agüita» «Viejos macuco», «Vendedores de pebre», «Novillo en amanza».

Este aspecto del arte de Carlos Dorlhiac, que habla de su fidelidad a la tierra que le ha entregado sus secretos de emoción y plasticidad, es doblemente admirable si se considera que el artista no tiene una sola gota de sangre chilena ni tampoco nació en nuestro suelo; pero medio siglo de convivencia honda e intensa con nuestra realidad le ha dado la mejor carta de ciudadanía, la del espíritu; sin que esto quiera decir que ha renegado de su raigambre francesa. Es precisamente el tronco latino el que nu-

tre con su savia la perenne primavera de su inquietud artística. Su compenetración psicológica con lo substancialmente chileno es una prueba más de la atracción que ejerce sobre su habitante este continente que Kaiserling clasificara como el del «tercer día de la creación».